



Teologías y filosofías de la liberación en Latinoamérica

Leopoldo Zea

Volume 54, numéro 3, octobre 1998

De la libération. Philosophies et théologies de la libération

URI : <https://id.erudit.org/iderudit/401180ar>

DOI : <https://doi.org/10.7202/401180ar>

[Aller au sommaire du numéro](#)

Éditeur(s)

Faculté de philosophie, Université Laval

ISSN

0023-9054 (imprimé)

1703-8804 (numérique)

[Découvrir la revue](#)

Citer cet article

Zea, L. (1998). Teologías y filosofías de la liberación en Latinoamérica. *Laval théologique et philosophique*, 54(3), 491–495. <https://doi.org/10.7202/401180ar>

TEOLOGÍAS Y FILOSOFÍAS DE LA LIBERACIÓN EN LATINOAMÉRICA

Leopoldo Zea

Grupo filosófico, Hiperion
México D.F.

RÉSUMÉ : Les théologies et philosophies de la libération prennent comme point de départ de leur réflexion la réalité des peuples qui, comme ceux d'Amérique latine, sont entrés dans l'histoire sous le signe de la domination et de la dépendance coloniales. Plusieurs, comme Hegel, ont pensé que l'Amérique latine n'avait d'autre destinée que celle d'être l'écho et l'ombre des philosophies et des cultures européennes. Mais les théologies et philosophies de la libération ont amorcé une réflexion qui surmonte la domination coloniale, qui affirme l'égalité des peuples et qui lutte pour la liberté sur la base de la solidarité.

ABSTRACT : Theologies and philosophies of liberation take as a starting point the situation of peoples who, like those of Latin America, have entered history under the condition of domination and colonial dependency. Some philosophers, such as Hegel, thought that Latin America had no other destiny than to be the echo and shadow of European philosophies and cultures. But liberation theologies and philosophies have initiated a kind of reflection which overcomes colonial domination, which affirms the equality of peoples and which strives for freedom on the basis of solidarity.

Según esos señores, nadie puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César ni a Alejandro. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo superarlos en hazañas. Libertador o muerto, otra idea me deshonraría delante del mundo y de la historia.

Simón Bolívar, *Carta*.

En pueblos que han entrado a la historia universal bajo el signo de la dependencia, por la conquista y la colonización, no pueden surgir los grandes hombres y héroes de la historia de los que habló Hegel. De estos pueblos sólo pueden surgir anti-héroes, como Simón Bolívar, teologías y filosofías de liberación que nieguen teologías y filosofías de dominación creadas por los centros de dominio en el mundo. Teologías de liberación que deducen de verdades absolutas e indiscutibles el derecho

de los hombres y pueblos a ser libres. En estos días en La Habana, Cuba, propiciado por la UNESCO, se realizó un simposium para analizar la obra del padre Félix Varela, iniciador de la emancipación mental de los pueblos de esa región del Caribe y quien, sin negar verdades absolutas de la escolástica, hizo patente el derecho de estos hombres a ser libres y a la autodeterminación de sus pueblos.

La teología y las Sagradas Escrituras enseñan verdades indiscutibles como la ineludible existencia de un creador de todo cuanto existe y sus diversas criaturas como el hombre. Hombre hecho a la imagen y semejanza de su creador y por ello con voluntad y libre albedrío, esto es, libre para pensar y actuar en defensa de un don que la Providencia le otorgó. Félix Varela luchó por ello en las Cortes de Cádiz reclamando para Cuba la autonomía que ya era reconocida a sus diversos pueblos en la Península Ibérica. La arrogancia colonial impidió escuchar estas demandas. Las palabras de Varela resultaban más peligrosas que las armas, por ello acabó en el destierro.

Junto a Varela, su discípulo José de la Luz y Caballero hizo los mismos reclamos y enseñó a filosofar libremente y así ser libres. Luz y Caballero se alimentó de las filosofías en boga en su tiempo, como el idealismo alemán, preparando su propia mente en la tarea que se había impuesto. “Es necesario — escribe — tener ya la razón sumamente fortificada para poder sacudir el yugo de la autoridad de cualquier forma que se presente. Mi ánimo ha sido a un tiempo demoler la autoridad y poner coto a la presunción”. Conocía a Schelling, Fichte, Kant y Hegel, “nadie mejor que yo — escribe — podía a mansalva haber recogido mies abundante en Alemania y haberme dado importancia introduciendo el *idealismo*, pero he considerado que más bien dañaría que beneficiaría a nuestro suelo”. Pero no podía enseñar filosofía que justificase una autoridad ajena a la libertad de su patria, no una filosofía como la de Hegel que hacía del Espíritu como libertad justificación para someter las libertades concretas de los hombres.

Teologías de la liberación y filosofías de la liberación son reflexiones que parten de la realidad que es propia de los pueblos, como los de la América Latina, que han entrado a la historia bajo el signo de la dependencia colonial. Por ello parten de expresiones más concretas de la realidad que ha de ser emancipada, concretas y por tanto diversas. La realidad propia de hombres y pueblos sin negar lo que en su diversidad tienen de común. Son criaturas de Dios y por lo mismo libres; son hombres pero no abstractos. Las abstracciones teológicas y filosóficas hablan de lo universal pero no de los hombres en concreto. Bolívar luchó con las armas contra el absolutismo imperial como Félix Varela contra el absolutismo teológico y Luz y Caballero contra el absolutismo filosófico que lo justificaba. Negando el absolutismo teológico y filosófico se negaba al absolutismo político en cualquiera de sus expresiones.

América parecía estar destinada, según Hegel, a ser eco y sombra de la filosofía y de la cultura europeas y occidentales y por serlo, malas copias de los grandes modelos. Próspero dice a Calibán en el drama de Shakespeare *La Tempestad*: “Hagas lo que hagas nunca serás mi semejante porque sólo puedes barbarizar mi lenguaje, ser mala copia de mi cultura”. Calibán le contesta a Próspero: “Yo barbarizo tu lenguaje y hago malas copias de tu cultura porque maldigo, digo mal tu lenguaje y tu cultura

porque en lugar de decir Amo o Señor me declaro señor y amo de mí mismo. Hago de tu cultura instrumento de mi propia cultura.” Los pueblos para superar los dominios que les han sido impuestos parten de lo que han recibido para negarlo. En lugar de ser instrumentados, asimilan, recrean y ponen al servicio de sí mismos, instrumentos como la filosofía de dominación transformándola en filosofía de la liberación.

Descartes crea una filosofía que parece de liberación porque parte de sí mismo y de su razón, y afirma : “Todos los hombres son iguales por la razón y entendimiento, pero distintos por sus accidentes”. La filosofía de la liberación capta el sofisma y lo enfrenta. ¿Qué es lo que iguala a los hombres? la razón ; ¿qué es lo que los diferencia? sus accidentes. Son accidentes la educación recibida, el lugar donde se nace y el cuerpo mismo del hombre. La supuesta igualdad entre los hombres queda así determinada por tales accidentes. Son estos accidentes los que posibilitan o limitan el buen uso de la razón. Hábitos, costumbres y el cuerpo mismo son los que limitan o estimulan el buen o mal uso de la razón. Así, entes que parecen ser hombres por la razón, aun teniéndola no pedan usarla como lo hacen los destinados a usarla bien por sus hábitos, costumbres y raza. Descartes, como el salvaje, posee la razón, pero el salvaje por sus hábitos, costumbres y raza está impedido del buen uso de la misma. Podrá aprender del que la posee, pero nunca podrá usarla como su maestro, amo o señor, humano por excelencia. Será un “hombrecillo”, un “homúnculo”, pero nunca un hombre.

¿Cómo enfrentar el sofisma? Afirmando algo distinto : “Todos los hombres son iguales entre sí por ser distintos, pero no tan distintos que unos puedan ser más o menos hombres que otros”. Es así porque cada hombre es un individuo, una persona y por serlo no podrá nunca ser copia de otro ; sólo podrá ser remedo, mala copia, bárbaro, salvaje y, paradójicamente, por ello semejante al resto de los hombres. Este no poder ser otro que sí mismo es lo que iguala a los hombres entre sí, lo que los hace libres de ser otro. Es libre de abstracciones que sólo justifican injerencias extrañas a su persona.

Los teólogos de la liberación parten de Cristo, de su vida y de su muerte, vida y muerte concretas y humanas, la afirmación de lo humano no es una abstracción. Por ello Dios hecho carne hace patente las posibilidades de lo humano. Los filósofos de la liberación parten de la concreción de lo humano para afirmar la igualdad de todos en la diferencia. Los derechos humanos son algo más que abstracciones que los limitan frente a pretensiones absolutas de quienes se consideran encarnación de lo humano por excelencia. Para ser libre no se parte de una afirmación abstracta sino concreta y que se expresa en un derecho a la diferencia y en la obligación de reconocer este mismo derecho a los otros, sus semejantes.

El derecho a la diferencia obliga a reconocer en los otros este mismo derecho. El derecho a ser comprendido y no tolerado. A comprender y no tolerar. Lo cual origina otra relación entre hombres y pueblos que se consideran libres, la relación horizontal de solidaridad y no vertical de dependencia. Solidaridad que partiendo de sí mismo se prolonga a los otros para que juntos busquen y realicen algo común a todos los hom-

bres afirmando su derecho a la libertad y la felicidad sin menoscabo de la de los otros.

El filosofar de la liberación latinoamericano plasmará una afirmación anticartesiana : “Todos los hombres son iguales por ser distintos”. Por tener un cuerpo. Una etnia, una cultura ; ser un individuo entre otros individuos, entes o personas. La diversidad de las culturas expresa la diversidad de lo humano. La razón que poseen todos los hombres es el instrumento que permite a los hombres comprender el mundo, a sí mismos y a los otros y hacerse comprender por ellos. De ahí el *logos*, palabra que comunica y razón que comprende y se hace comprender. Todos los hombres son iguales por ser distintos, pero no tan distintos que unos sean más o menos hombres que los otros.

El filósofo mexicano José Vasconcelos hace de la diversidad racial, que justifica el dominio de unos hombres sobre otros, el punto de partida para la Raza de razas, por la utopía de la Raza Cósmica.

En esta América — escribe — ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos particulares, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que salga de la olvidada Atlántida ; ya no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras ; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral hecha por el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

Raza que no es raza, sino cultura como capacidad para reconocer en la diversidad de los otros la propia diversidad como esencia de lo humano.

A la raza cósmica de Vasconcelos corresponde un Orden Cósmico, semejante al Estado universal incluyente y no excluyente como el Estado del que habla Hegel. Un Estado universal en el que se sientan parte y no instrumento de los diversos hombres y pueblos de la tierra. En 1989 el hegeliano estadounidense Francis Fukuyama habló del *fin de la historia* para pueblos que como el suyo habían hecho posible el desarrollo occidental. Fuera del mismo, condenados a la historia sin fin, quedaban los pueblos que nada habían hecho por este desarrollo, los pueblos del Tercer Mundo y los que se formaron en el socialismo real bajo la hegemonía soviética.

En 1976, en mi libro *Dialéctica de la conciencia americana*, hablé de otra historia y me pregunté sobre el fin de la misma. La historia que ya con su activa presencia estaban haciendo los hombres y pueblos una y otra vez marginados. Pueblos que el fin de la Segunda Guerra mundial había hecho emerger, estimulados por las promesas que sus colonizadores les hicieron para que luchasen juntos contra el totalitarismo. Promesas incumplidas al triunfar el llamado Mundo Libre y promesas por cuyo cumplimiento habían luchado los defraudados pueblos marginados. Por ello, la historia no termina, se continúa en luchas anticoloniales, antiimperialistas, con reclamos al derecho de autodeterminación de los pueblos y contra toda injerencia, ajena a los mismos. No se busca venganza alguna, ni el desplazamiento de los opresores, sino el ser con ellos parte de un nuevo y gran orden universal en relación horizontal de solidaridad y no de dependencia. Un Estado universal en las antipódas del de Hegel.

El espíritu como libertad se expande hasta los más alejados rincones del planeta. Los síntomas de una mayor liberalización frente a los antiguos centros de poder : Francia, Inglaterra, Italia, Portugal, Grecia, España y en los Estados Unidos. Latinoamérica insiste en sus viejas demandas de autodeterminación de sus pueblos y de libertad para sus individuos. Los africanos al igual que los asiáticos se mantienen firmes en reclamos semejantes de independencia para sus pueblos y mayores libertades y justicia para sus individuos. En tal sentido pareciera que las metas que el espíritu absoluto se ha marcado alcanzaran ahora su más alta expresión.

¿Se ha alcanzado el Estado universal? — me pregunté. ¿Es el fin de la historia?

Más que el fin es el principio de otras de las grandes etapas del espíritu, el de su realización a nivel planetario. La realización de la libertad una vez que ésta se está haciendo consciente entre todos los pueblos, entre todos los hombres. La lucha es ya por la liberación total del hombre. Lucha de la que es parte la historia de los pueblos latinoamericanos. El Estado universal que representa el fin de la historia no se puede alcanzar en una relación de dominación y dependencia. Éste, para serlo plenamente, ha de ser expresión del deseo de todos y cada uno de sus miembros. Acción solidaria nacida en la conciencia de cada uno de ellos. Esto es, precisamente, lo que está en marcha, lo que está dando sentido a la historia que es ya, conscientemente, historia universal. Historia de la que ya se saben partícipes todos y cada uno de los pueblos del mundo.

Al expresarse esto se partía de la utopía vasconceliana de la Raza Cósmica y la bolivariana de la Nación de naciones. Frente al nacionalismo excluyente y dominante de la filosofía occidental que hablaba de una Nación sobre todas las naciones, Bolívar habló de una Nación de naciones, la federal. Frente al Estado universal excluyente y dominante de Hegel está el Estado universal incluyente expreso en la nueva globalización que no es ya la que imponían los imperios, sino la que originarán los pueblos al solidarizarse entre sí. Para afirmar la Nación de naciones bolivariana, la Raza de razas vasconceliana, esta filosofía plantea la desenajenación plena de todos los pueblos. En Latinoamérica había que deshacerse de los complejos de inferioridad que les impuso el coloniaje, el asumirse como hombres y no como homúnculos o hombrillos, hombres entre hombres. La filosofía en Occidente deberá también desenajenar a sus hombres y pueblos de complejos de superioridad, del considerarse superhombres o titanes y aceptarse como hombres entre hombres. Así juntos los marginados y los marginadores de ayer podrán hacer posible la utopía de Bolívar cuando dice : “En la marcha de los siglos podrá encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo, la federal”.